



V MEDITACIÓN:

SANTOS EN “COMUNIDAD”:
INTERCAMBIO DE DONES.
HIJOS DEL CORAZÓN DE MARÍA
EN LA REVOLUCIÓN DE LA TERNURA

LA TENTACIÓN COMO LUCHA APOCALÍPTICA

0. Introducción

Ha sido frecuente entre nosotros utilizar un lenguaje inadecuado para hablar de la santidad: “tenemos que ser santos”, “hemos de ser santos”, “tender hacia la santidad”. Estas y otras frases ponen de relieve el esfuerzo moral que se necesita para llegar a ese objetivo.

En el fondo no acabamos de superar el semi-pelagianismo que hemos ido heredando desde hace siglos. El pelagianismo consiste en poner todo el acento en nuestra capacidad de lograr la perfección moral, ética, religiosa.

Dividiré esta meditación en cuatro partes:

- La santidad: misterio de Gracia, no conquista.
- La Santidad: camino de dicha en un mundo errante.
- La Santidad en alianza: un ecosistema de gracia.
- El martirio incruento, que no mancha de sangre, pero transforma el mundo: la entrega como “testimonio” Conclusión: el camino que Dios nos ofrece.

1. La santidad: misterio de Gracia, no conquista

La santidad no es una meta que alcanzar con esfuerzo moral, sino un *don que nos envuelve*. La santidad es un misterio que se nos concede, no una conquista.

Sólo Dios es santo (cf. Os 11,9). Ésta es una convicción bíblica, que nadie puede negar. Y lo que significa es que nuestro Dios es inaccesible, impenetrable, inalcanzable. Hasta su nombre es santo. Los hebreos hacían incluso lo posible para no pronunciarlo. Pronunciarlo y conocerlo sería tener acceso al Santo. «A Dios nadie lo ha visto» (Jn 1,18).

¡Qué respetuosos con su santidad son aquellos y aquellas que ante su Misterio guardan un recatado silencio! ¡Qué banales quienes sin el menor escrúpulo tienen siempre su nombre en los labios... sin estremecerse!

Dios, sin embargo, no ha permanecido en su lejanía rehusante. El Santuario de la Santidad de Dios ha abierto su puerta. El tres veces Santo ha querido revelarse y difundirse en el mundo, para llenarlo todo con el aroma de su santidad. El aroma que todo lo vivifica, que todo lo regenera.

«...El Hijo, que estaba en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). «El Espíritu Santo habita en nosotros... y clama...con gemidos inenarrables» (Rom 8, 11.15.26).

La Santidad ha irrumpido en nuestro mundo, en nosotros. Estamos envueltos en la Santidad, aunque no seamos capaces de percibirla e interiorizarla. La Gloria de Dios nos rodea por todas partes, nos penetra hasta lo más íntimo del ser.

A nosotros se nos han revelado los misterios del Reino. Jesús nos ha revelado al Abbá y nos ha introducido en el ámbito de su santidad. O mejor todavía, Jesús nos ha revelado que el Abbá ha instaurado su reinado entre nosotros. Que está cerca. Está en todo. Lo penetra todo con su Espíritu Santo. Sólo hace falta la vigilancia y la sensibilidad espiritual para descubrir la presencia. Y la generosidad para dejarse envolver y energizar por la Presencia.

«Tú eres santo y fuente de toda santidad». La comunidad de Jesús, la comunidad de los hijos de Dios, es una comunidad santa. Ha nacido de Él, la fuente Santa. Está consagrada por su Espíritu, el Espíritu Santo. La santidad no es el resultado del esfuerzo ético, moral, ascético. Es Gracia.

Llegará un día en que el «Nombre de Dios será santificado» en todo y por todo. Esa es la petición escatológica de la Iglesia: «¡santificado sea tu Nombre!».

Como los mártires de Barbastro –agradecidos receptores de esta gracia comunitaria–, descubrimos que solo Dios es Santo (Os 11,9), un Misterio inefable que se revela en Jesús: «*A Dios nadie lo ha visto; el Hijo nos lo ha dado a conocer*» (Jn 1,18). El Espíritu Santo ha irrumpido en nuestro mundo, transformándolo en un *santuario viviente*.

Cada criatura, cada momento, está impregnado de esta Presencia. *La santidad no se construye; se acoge*.

Como el perfume que llena una estancia sin verse, Dios satura la creación con su Gloria. Solo necesitamos *atención contemplativa* para descubrirla en lo ordinario: en el pan compartido, en el grito del pobre, en el silencio de la noche.

“Tú eres santo y fuente de toda santidad”. “Somos hijos sumergidos en el océano de tu amor”.

2. La Santidad: camino de dicha en un mundo errante

a) *“Los que han perdido el sendero”*

“Errante” es aquella persona que no encuentra su morada, que no sabe adónde dirigirse, que realiza un viaje “a ninguna parte”.

Expulsados del Paraíso, *Adán y Eva* se convirtieron en “seres errantes”; también *Caín*, tras el asesinato de su hermano Abel. El pueblo de Israel erró por el desierto durante 40 años. El profeta Miqueas -ante el rey Acab y sus 400 profetas - exclamó:

“He visto a todo Israel vagando por las montañas como ovejas sin pastor. Y dice el Señor: «Éstos no tienen dueño” (1 Rey 22,17).

También el profeta Jeremías constató que *“tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país” (Jr 14,18).*

Jesús comparó a su pueblo como “ovejas errantes”, sin pastor e incluso a no pocas como “ovejas perdidas”. El pecado no es hacer el mal -sin más-, es perdición, estar perdido.

Vivimos en una época de *desorientación sagrada*. Como Israel en el desierto, como ovejas sin pastor (1 Re 22,17), muchos vagan sin rumbo: comunidades atrapadas en ritualismos, creyentes que sobreviven sin trascendencia, sociedades que idolatran el consumo, comunidades de hermanos “separados” y mutuamente “desinteresado”... donde cada uno va a lo suyo... errantes. Hoy nos encontramos con mucha gente errante, perdida, sin casa, sin hogar, sin morada: pueblos que navegan sin rumbo, sin un auténtico liderazgo, comunidades que no son comunidades...sin proyecto, sin rumbo.

Pero Dios busca al errante, al que ha perdido el sendero. Él nos guía «por caminos que no conocíamos» (Is 42,16), convirtiendo tinieblas en luz. La santidad es ese *camino hacia la dicha* que anhela el salmista: «¿Quién nos hará ver la felicidad?» (Sal 4,7).

Y también esto sucede en la Iglesia, en el matrimonio, en la vida consagrada en la vida laical, aunque parezca increíble. Somos discípulos del buen Pastor, pero a pesar de todo, hay personas, comunidades, instituciones que viven de la repetición de lo mismo, que han renun-

ciado al camino, a la ruta, y sólo viven

- de la rutina: del ritualismo, del “siempre se hizo así ¿para qué cambiar?”,
- del fixismo espiritual y consecuentemente de una, progresiva parálisis espiritual.

Está perdido quien no se mueve, quien vive de lo mismo, quien renuncia a trascenderse, quien camina sin meta: esa persona es el judío errante, el cristiano errante, el consagrado o la consagrada errante.

b) Los llevaré por camino que ignoran - La alegría de ser encontrados

El Papa Francisco nos recordaba en su preciosa exhortación sobre la santidad la frase de Jesús en las bienaventuranzas: «¡Alegraos y regocijaos!» (Mt 5,12). Con ello nos decía que la santidad es alegría y regocijo o saltos de gozo. La santidad es la **dicha de ser amados por Dios** y responder con una vida entregada.

La santidad no es fuga del mundo, sino inmersión en él con ojos nuevos: la “mística de los ojos abiertos”.

Como Abraham, se nos invita: «Camina en mi presencia y sé íntegro» (Gén 17,1). Este camino es dinámico: el Espíritu nos impulsa hacia el Abbá que nos espera con los brazos abiertos; el Espíritu nos impulsa hacia el Buen Pastor que nos busca y nos alimenta con su Cuerpo, y al mismo el Samaritano que sana nuestras heridas.

3. La Santidad en alianza: un ecosistema de gracia

a) La catolicidad de lo sagrado

Dios ha sellado una alianza con **toda la creación** –no solo con la Iglesia–. Su santidad brilla en el monje budista, en la abuela que reza el rosario, en el musulmán que da limosna. El Espíritu «llena la tierra» (Sab 1,7) antes que llegue el misionero. Juan Pablo II lo testimonió en Asís: cuando líderes religiosos oraron juntos, se reveló una *santidad más grande que los dogmas*.

b) ¿Santidad “inmaterial”? ¡No! Encarnada

Contra viejos dualismos que despreciaban lo corporal, proclamamos: **¡La materia es sagrada!** Dios se encarnó en un cuerpo, santificó el pan, el vino, llegó con su tacto a cada uno de los enfermos y de los leprosos. La verdadera ascética no huye del mundo, sino que descubre a Dios en él: en el aroma del café, en el abrazo de un amigo, en el grito por la justicia.

c) El intercambio que nos santifica

Necesitamos los dones de *todos* para configurar el “ecosistema de la santidad”. Como me dijo un anciano de Guinea Ecuatorial: «¡Hay mucha santidad derramada en nuestro pueblo!». **La comunión no es uniformidad:** es tensión creativa donde contrastes se fecundan. El ecumenismo y la ecología son expresiones de este intercambio. La “santidad política” nace cuando luchamos juntos contra los ídolos que oprimen al débil, uniéndonos al «ejército del Cordero» (Ap 17,14).

d) Los santuarios inesperados

Dios habita especialmente en **los últimos**:

- En el mendigo Antonio, cuyas arrugas guardan historias de fe.
- En el joven con VIH que abraza la vida sin miedo.
- En el mártir de Barbastro que perdona a su verdugo.

Ahí, en la fragilidad compartida con Cristo, el santuario se abre: «*Felices los pobres: de ellos es el Reino*» (Mt 5,3).

“La tierra que pisamos es santa. La historia que recorremos es salvación. ¡No hay lugar sin destello divino!”

4. El martirio incruento, que no mancha de sangre, pero transforma el mundo: la entrega como “testimonio”

a) No es la muerte lo que define al mártir, sino el amor.

No hemos de olvidar una verdad: que el martirio no siempre es cruento (de sangre). Existe un martirio incruento: una entrega radical de la vida en lo cotidiano, sin persecución violenta ni muerte física, pero con la misma fuerza transformadora.

b) Qué es el martirio incruento

Una donación diaria de la existencia donde se vive muriendo: No se derrama sangre, pero sí el alma en actos de amor que “fatigan, hieren y desgastan”. No hay verdugos, pero sí luchas invisibles contra el egoísmo, la comodidad y la injusticia. No hay tumba, pero sí renuncia constante: a la vanidad, la indiferencia y la violencia.

Como enseña la tradición cristiana: “Es el ‘arrancamiento de los vicios por amor a Dios’ (Rufino de Aquilea). Es la ‘escuela de perfección’ donde se ejercita el corazón (Clemente de Alejandría)”.

c) El rostro moderno del martirio incruento

Los nuevos mártires no llevan coronas de espinas, sino vestidos de vida ordinaria:

- Padres y madres que resisten en trabajos donde su ética es burlada, solo por sostener a su familia.
- Maestros que insisten en enseñar verdad en un mundo de mentiras, aunque nadie los escuche.
- Empresarios que anteponen la dignidad humana a las ganancias, aun perdiendo oportunidades.
- Quienes callan ante los defectos ajenos, eligiendo misericordia sobre el juicio cruel.
- Los que perdonan lo imperdonable, cargando en silencio heridas que nadie ve.
- Son personas que ‘pierden la vida todos los días’ en compromisos que las desgastan, pero eligen quedarse: por deber... por amor.

d) La radicalidad del amor silencioso

Este martirio no es menos heroico:

- Es “firmeza interior” contra la agresividad y el egoísmo (Ef 4,26).
- Es “mansedumbre del corazón”, don del Espíritu que sana la vanidad.
- Es “vida eucarística”: partirse como pan para alimentar a otros.
- Es la “esperanza encarnada” de quien sufre sabiendo que “Alguien sufre con ellos”.

Como afirma Karl Rahner: El martirio (incruento o cruento) pertenece a la esencia de la Iglesia.

d) El mensaje que interpela

¿Acaso no estamos llamados todos a este martirio?

- No se necesita una espada para matarte: basta que tu amor te cueste la vida en gotas de paciencia, perdón y fidelidad.
- No hace falta un perseguidor: tu lucha diaria contra tu propia mediocridad ya es testimonio.

- No esperes reconocimiento: los mártires incruentos rara vez son canonizados... pero transforman el mundo desde lo oculto.
- "Toda vida creyente es prepararse para el martirio".

Documento "Escandalosamente vivos" (Jorge Ruiz Aragoneses, cmf).

e) La belleza escondida

Este martirio no devalúa el sacrificio sangriento: lo prolonga en el tiempo. Es la "latente disposición de hacer de la vida un don" que, como semilla enterrada, fecunda la historia. Mientras el martirio cruento es un "acto", el incruento es un "existir".

¿No es acaso más difícil morir día a día que una sola vez?

El Papa Francisco escribió en "Maiorem hac dilectionem": "El amor más grande es dar la vida... aun sin que te la quiten".

5. Conclusión: el camino que Dios nos ofrece

Dios nos ofrece un camino, nos pide ponernos en movimiento espiritual y dejarnos sorprender por aquello que suceda dentro de la marcha. Dios no se contenta con darnos una hoja de ruta, indicaciones y consejos para el camino o provisiones para el viaje. Él suscita en nosotros el deseo de caminar hacia su encuentro. El Espíritu de Dios habita en nuestro corazón y lo conduce hacia lo más íntimo de Dios.

El camino que Dios ofrece es muy especial: es un camino en el que el ser humano busca a Dios, pero es también un camino en el que Dios busca al ser humano. El Espíritu Santo nos presenta a Jesús –el buen Pastor– buscándonos, alimentándonos con su Eucaristía, sanándonos y trayéndonos el perdón a través de la Reconciliación y la Unción, a Dios Padre –el Padre del Hijo pródigo– saliéndonos al encuentro para abrazarnos y acogernos. El mismo Espíritu "viene" y se derrama en nosotros a través de sus siete dones para que seamos capaces de proseguir en el camino hasta la meta.

Nuestro Dios nos eligió "para que seamos santos e irreprochables ante Él por el amor" (Ef 1,4). ¿Qué puede significar hoy, en este siglo XXI, afirmar que Dios nos llama a ser "santos"?

6. Propuesta de meditación y oración: "Cartografía de la santidad martirial"

a) Ejercicio personal.

- *Silencio preparatorio.*
- Enciende una vela. Recuerda: ¡Tú eres tierra santa!
- Lee «El Espíritu llena la tierra» (Sab 1,7).

b) Para reflexionar

Si el martirio es "testimonio" (su significado original), entonces: ¿Qué testificas con tu vida? ¿la cobardía que evita el dolor? o ¿el amor que "se dona y perdona justo cuando es rechazado"? "El mártir incruento no desprecia la vida: la ama en sumo grado, venciendo el miedo para hacer su testimonio fecundo". Descubre tu llamado al martirio cotidiano. Allí donde estás. Hoy.

c) Mapea los "puntos luminosos".

Dibuja un círculo en una hoja. Divídelo en 4 sectores:

- *Personas*: ¿Quién refleja a Dios para ti?
- *Lugares*: ¿Dónde has sentido lo Sagrado? (Ej.: un hospital, un bosque, una favela).
- *Experiencias*: ¿Qué gesto cotidiano fue epifanía? (Ej.: perdonar, recibir pan, cantar).
- *Culturas/religiones*: ¿Qué don recibiste de otras tradiciones?
- Escribe en cada sector: “Gracias, Dios, por revelarte aquí” .

d) Compromiso

- Elige un “punto luminoso” de tu mapa y pregúntate: ¿Cómo puedo proteger/celebrar esta chispa de santidad? ¿Qué don mío puedo ofrecer a cambio? Anota una acción concreta (Ej.: visitar a un anciano, aprender de otra espiritualidad).

e) Oración final

¡Abbá de lo inesperado!
 Que hoy reconozca tu rostro
 en el mapa de lo cotidiano:
 En el cansancio del obrero,
 en la sonrisa del diferente,
 en el grito de la tierra oprimida.
 Hazme intercambiador de dones:
 Que lleve pan al hambriento
 y reciba su sabiduría;
 que luche junto al marginado
 y aprenda su resistencia.
 ¡Que toda vida sea mi monasterio,
 toda encrucijada mi altar!
 Amén.

II PARTE:

HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

EN LA REVOLUCIÓN DE LA TERNURA

0. Introducción

Los mártires de Barbastro fueron *víctimas* de una terrible revolución de odio. Pero también fueron *protagonistas* de otra impresionante revolución: *la revolución de la ternura*. Y lo fueron como auténticos “hijos del Corazón” de María”. Hicieron del amor su arma más poderosa.

Éste es el tema de la última meditación de estos Ejercicios espirituales: *Hijos del Inmaculado Corazón de María en la Revolución de la Ternura*. La definición del misionero, con la cual san Antonio María Claret describió nuestra identidad es, al mismo tiempo, la mejor descripción de un “revolucionario de la ternura”.

Dividiré esta meditación en cuatro partes:

- La revolución de la ternura en el magisterio del papa Francisco.
- El contraste: desde la “dureza” a la “ternura”.
- Nuestros mártires de Barbastro, misioneros de la ternura, nos interpelan.
- “Y nos entregamos a Ella para cooperar con su oficio maternal en la misión apostólica”.

1. La revolución de la ternura en el magisterio del papa Francisco

El papa Francisco recurrió a la expresión “revolución de la ternura” en diversos momentos y contextos de su magisterio, tanto en documentos oficiales como en discursos y homilias.

Esta expresión fue utilizada por él mismo en *el Sínodo de la Nueva Evangelización*. “Jesús vino a anunciar la revolución de la ternura: una revolución que tiene su epicentro en el corazón”. También la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* decía en el n. 88: “El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura”. En esta exhortación (n.4) y en “*Amoris Laetitia*” (n. 49) el papa Francisco citó la siguiente frase del Eclesiástico: «Hijo, trátate bien ... No te prives de pasar un día feliz» (Si 14,11.14); para descubrir la ternura de Dios Padre, que se acerca a sus criaturas con un lenguaje accesible al corazón humano, “como un niño a quien su madre consuela” (cfr. Is 6,13). Él es el “Dios de toda consolación” (2 Cor 1,3) y su ternura enardece el corazón de sus criaturas (Homilía 7.VII.2013). La ternura divina se encarna cuando la Misericordia se encuentra con la miseria, cuando Jesús se encuentra con los pecadores.

La propuesta de la “revolución de la ternura” toca la sensibilidad del hombre de hoy. Para que esta revolución se imponga es necesario superar el rencor, la violencia, transformando “la dureza de corazón” -propia de los que odian, torturan y matan- en “ternura de corazón”.

Aquí aparece la importancia de los “hijos del Corazón” como protagonistas de la revolución de la ternura. ¡Y eso es lo que fueron nuestros mártires de Barbastro!

2. El contraste: desde la “dureza” a la “ternura”

a) La dureza de corazón

La **revolución de la ternura** es imposible mientras dure la “dureza de corazón”. Jesús se refirió a ella -según la versión griega de los evangelios- con el término *σκληροκαρδία*: y lo refirió

a lo causa del divorcio (Mt 19,8; Mc 10,5) y de la no-creencia en la resurrección (Mc 16,14). San Pablo lo refirió a quienes no se arrepienten (Rom 2,5). En cambio, la ternura, expulsa del corazón la dureza.

b) La ternura de corazón

Dios guió a su pueblo “con ternura” y lo llevó a su santa morada (Ex 15,13). Aunque dios abandone a su pueblo un breve instante, con gran ternura lo recogerá (Is 54,7). Y el libro de las Lamentaciones proclama: “la ternura del Señor no se acaba, ni se agota su misericordia” (Lam 3,22).

San Pablo nos dijo que **el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo** (Rom 5,5). El Espíritu Santo, enviado por el Padre y Jesús, continúa la misión de Jesús “para siempre”. La época actual es la era de la “Missio Spiritus”.

La ternura es una dimensión humana relacionada con el **refugio, la protección y la seguridad**. La ternura nos lleva a escuchar profundamente, ser pacientes, atentos, y a comprender el dolor de las víctimas. La misión de la Iglesia necesita la pedagogía de la ternura. El Espíritu Santo convierte el corazón de piedra, en un corazón de carne. Esa es su misión. El Corazón de María es la llamada a recuperar y reinventar el discurso de la cordialidad y de la ternura. Ella conservaba todo, ponderándolo en su corazón (Lc 2,19).

Tras su desaparición visible, **María no dejó de actuar invisiblemente**. La tradición eclesial afirma su presencia constante a lo largo de las generaciones. El Espíritu Santo realiza su misión haciendo presentes a Jesús y a María-madre, emergiendo la figura de María como su **asociada, su cómplice**. Los santuarios marianos son santuarios del Espíritu “bajo la forma maternal de María”, atrayendo hacia Jesús y Dios Padre. La devoción mariana forma parte del corazón invisible de la Misión.

El Papa Francisco dedicó el último capítulo de “Evangelii Gaudium” a **María en misión de cordialidad**. Jesús nos dejó a su madre al pie de la cruz porque no quiere que caminemos sin una madre. María es la misionera de corazón abierto que acompaña, lucha y derrama la cercanía del amor de Dios. Mirar a María nos hace **volver a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño**. La humildad y la ternura son virtudes de los fuertes. Ella pone calidez en la búsqueda de justicia. Este es el **estilo cordimariano de la misión**. María intercede, nos ayuda a anunciar el mensaje de salvación. El estilo cordimariano implica conservar y meditar las cosas en el corazón (Lc 2,19), ser orante, trabajadora y pronta para ir hacia los demás “sin demora” (Lc 1,39); esta dinámica de justicia y ternura la convierte en un modelo eclesial para la evangelización.

La tradición eclesial reconoce que, tras su Asunción en cuerpo y alma al cielo, María no dejó de actuar: su presencia invisible acompaña a la Iglesia a lo largo de las generaciones, asociada al Espíritu como cómplice y aliada en la misión. San Juan Eudes describió el corazón de María como “lecho nupcial del Espíritu Santo”, “armario de las Sagradas Escrituras” y “biblioteca viviente” escrita por el Espíritu.

3. Nuestros mártires de Barbastro, misioneros de la ternura, nos interpelan

a) Misioneros de la ternura

Como hijos del Inmaculado Corazón de María ellos demostraron ser en su última misión “misioneros de la ternura”. Y lo confirma una de las frases del papa Francisco en su audiencia general del 18 de enero de 2017:

“La ternura es el camino que han recorrido los hombres y mujeres más valientes y fuertes.”

El teólogo brasileño Leonardo Boff, en su ética de la compasión, ve la ternura como un principio revolucionario y transformador:

“La ternura es la forma más desarmada y, por ello, más poderosa de la compasión. Es el amor que se inclina ante la fragilidad del otro.”

La ternura es abrir el corazón a la vulnerabilidad del otro.

La filósofa francesa Simone Weil veía la ternura como una forma extrema de atención:

“La atención pura es oración. Y la ternura es la atención perfecta al otro, sin buscar nada para uno mismo.”

El sacerdote y escritor Henri Nouwen, gran apóstol de la compasión escribió:

“La ternura es la presencia sanadora que no juzga, sino que abraza. Es la fuerza que restaura el corazón herido.”

El cardenal y poeta portugués José Tolentino Mendonça afirma:

“La ternura es la forma más alta de humanidad. Es la caricia de Dios sobre la piel del mundo.”

El Espíritu de la Ternura de Dios tuvo y tiene en el corazón de María su asociada privilegiada. Con ella inventamos utopías, vamos más allá de los límites y entramos en la misión con un corazón como el suyo.

Esta fue la última lección de nuestros mártires. Murieron a causa de una revolución de odio. Murieron contagiados por otra: la revolución de la ternura y del corazón. Antes sus verdugos mostraron su identidad no solo por no renunciar a su sotana, sino sobre todo por sentirse en todo momento hasta el final, “hijos del Corazón”.

Nuestros hermanos mártires -siguiendo el ejemplo de Claret- sentían un hondo deseo de derramar su sangre por amor a Jesús y María. Este deseo se expresaba a menudo con una exclamación que cantaban: *“Por ti, mi Reina, la sangre dar”*. Otro testimonio menciona otro canto similar: *“Por Ti, Rey mío, La sangre dar...”* En una de las salas del museo de Barbastro hay un gran mural que representa a los mártires, a Jesús resucitado y a María, expresándose con éste texto: *“Por ti, mi Reina la sangre dar”*.

Nuestros mártires aclamaban al Corazón de María y proclamaban su verdad con enorme valor y entereza: *“¡Viva el Corazón Inmaculado de María! Nos fusilan únicamente por ser religiosos”*.

Los 51 misioneros de Barbastro no murieron como héroes solitarios, sino como “hijos del mismo corazón”. En su encierro en el salón de los Escolapios, mientras compartían la Eucaristía clandestina, sabían que María estaba allí. Como ella, “guardaban todas las cosas, ponde-rándolas en su corazón” (Lc 2,19). Ante la muerte, su grito unánime — «¡Viva el Corazón de María!» — no fue una piadosa invocación, sino la confesión última de un amor aprendido en esa escuela de ternura. El último grito misionero a favor de la revolución de la ternura.

Cuando los fusiles apuntaron, nuestros mártires no pronunciaron discursos: ¡Cantaron! Como María en el Magnificat, transformaron el horror en profecía. Su sangre fue la “última misión”: un acto de amor que resonaba con las palabras de nuestro padre Fundador, Antonio María Claret:

“El mártir es el misionero que, habiendo gastado su vida por Cristo, la ofrece hasta la última gota”.

Al invocar a María, recordaron que el Corazón Inmaculado no es un símbolo pasivo, sino un “fuego que desarma el odio”. Como Jesús en la Cruz, ellos “no murieron como víctimas, sino como madres”: dando vida a una Iglesia que renacería de su sacrificio. En ese instante, encarnaron la verdad más profunda: “la misión solo es fecunda cuando late con el corazón de María”, que acoge, intercede y acompaña hasta el Calvario.

Uno de nuestros mártires, al ofrecer su sangre por las misiones de China, entendió que su martirio era “extensión del Corazón de María” hacia los confines del mundo.

b) Nuestros mártires nos interpelan

El testimonio de los mártires nos interpela a nosotros, misioneros claretianos hoy:

- ¿Está María en el centro de nuestra misión, o la reducimos a una devoción marginal?
- ¿Entendemos que la verdadera revolución no es la fuerza, sino la ternura que vence al miedo?

Como ellos, estamos llamados a ser “sagrarios vivientes” de un amor que no calcula. En un mundo de “esclerocardia” (dureza de corazón), los mártires nos muestran el camino: ser hijos del Inmaculado Corazón es aceptar que la misión más grande es amar hasta el extremo, incluso cuando el precio es la vida.

Este es el carisma y el desafío: vivir y anunciar la ternura de Dios, con la fuerza del Espíritu y bajo la mirada maternal de María, para que la revolución de la ternura siga transformando la historia

Hoy, ser misionero claretiano es prolongar esta revolución de la ternura. Es dejarse conducir por el Espíritu y el Corazón de María, para ser testigos de un amor que sana, consuela y transforma. Es anunciar el Evangelio con palabras y gestos de misericordia, creando comunidades donde la cordialidad y la ternura sean el estilo y el lenguaje.

4. “Y nos entregamos a Ella para cooperar con su oficio maternal en la misión apostólica”

a) La fórmula de profesión: ¡lo inadvertido!

Y ¿nosotros? Tanto la Constitución fundamental de nuestra Constituciones (CC, n. 8), como la fórmula de la profesión (CC,) nos muestran la importancia del verbo “tradere” y el sustantivo “traditio” en la descripción de nuestra identidad cordimariana:

“Siendo y llamándonos Hijos de su Corazón, la veneramos con amor y confianza. Y nos entregamos (eique nos tradimus) a Ella para ser configurados con el misterio de Cristo y para cooperar con su oficio maternal en la misión apostólica” (CC, 8).

En nuestra fórmula de profesión, los misioneros claretianos pronunciamos una doble promesa de consagración y entrega:

“Me consagro en el Espíritu Santo a Dios Padre por su Hijo Jesucristo y me entrego en especial servicio al Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María (et Immaculato Cordi Beatae Mariae Virginis in speciale servitium me trado) en orden a conseguir el objeto para el que esta Congregación ha sido constituida en la Iglesia” (CC 159).

Esta promesa es una respuesta profunda a la acción del Espíritu, que nos consagra, y de entrega al servicio del Inmaculado Corazón de María, para cumplir el propósito de nuestra Congregación. Pero el Espíritu nos entrega a María como “hijos”, como quienes necesitan una madre y no son ya personas autosuficientes. Nuestra profesión religiosa no solo se centra en los consejos evangélicos mediante los votos, sino también en la entrega a María y al servicio especial del Corazón de María. Merece una especial atención la conexión entre María y el Espíritu Santo, pues Él se derramó abundantemente en su corazón (cf. Rom 5, 5).

En nuestra fórmula de profesión, nos entregamos especialmente al servicio del Inmaculado Corazón de María. Esta entrega no es un mero acto voluntarista, sino que brota de una fuente profunda: la *devoción*.

La entrega al Corazón de María nos conecta con la devoción que en nuestro Padre Fundador y en nuestra tradición ha adquirido rasgos de profunda espiritualidad y mística. La devoción cordimariana ha sido tan apasionada y afectiva que a veces ha parecido exagerada. Baste contemplar a nuestro Padre Fundador, a nuestros Mártires, al Hermano Giol y a tantos claretianos que se han caracterizado por su *devotio*.

La mística claretiana tiene mucho que ver con María. Claret fue un misionero místico mariano, identificado con ella hasta en su maternidad en los últimos años de su vida. Entendía su misión como una conexión tan íntima con María que le pedía ser enviado como una flecha lanzada por ella contra los enemigos de la fe. Por eso, se entregó al Corazón de María y no quiso realizar su misión sino como instrumento y cómplice de María. Es esta la perspectiva que aparece en una de nuestras oraciones tradicionales:

*“Señor y Dios nuestro,
que elegiste a la siempre Virgen María
como Madre de tu Hijo y Madre nuestra;
haz que, por la fiel entrega (traditio) a su Corazón materno,
nos configuremos más plenamente con Cristo
y cooperemos con su oficio maternal
en la misión apostólica.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén” (DE 18)*

b) Lo añadido: “en el Espíritu Santo”

En la fórmula de profesión proclamamos “en el Espíritu Santo”. La pneumatología mariológica nos habla de la conexión entre el Espíritu Santo y María no solo en sus tres Pentecostés (Anunciación, junto a la Cruz y en el Cenáculo), sino también en sus apariciones y en su presencia en la espiritualidad. María está asociada a la *Missio Spiritus*. Y así lo revela la auténtica espiritualidad cordimariana. ¡Protagonismo del Espíritu a través de María!

En la *missio Dei* y en la *traditio Immaculato Cordi Mariae*, somos más pasivos que activos, cómplices e instrumentos más que actores protagonistas. La *traditio* nos coloca bajo el influjo y la acción permanente del Espíritu Santo a través del Corazón de María.

Y de aquí surgen algunas preguntas:

- A nivel de mente: ¿Tenemos conciencia de lo que hoy, en la tercera década del siglo XXI, significa para nosotros la *traditio* al Espíritu y al Corazón de María?
- A nivel de emociones: ¿Existe en nosotros la auténtica y permanente *devoción* al Corazón de María como motor de nuestra mística misionera?
- A nivel de transformación: ¿Impregnamos nuestra vida diaria con el sentido de devoción al Corazón de María en el Espíritu?

La devoción será para nosotros fuente de inspiración y de verdad, nos permitirá estar en diálogo continuo con el pasado y sentirnos influenciados por el Espíritu que puso en María su morada. Nos sentiremos inmersos en la rica herencia de quienes, como nuestro Padre Fundador, recorrieron este camino. La emoción y la espiritualidad nos servirán de sanación personal y universal. En el Corazón de María encontraremos inspiración y emoción que permeará cada aspecto de nuestra vida devota. Nos convertiremos en artistas de la Misión y perderemos nuestro ego, encontrando la felicidad en la conexión con algo más grande que nosotros.

5. Actividad final

a) Actividad para interiorizar la meditación:

- Ejercicio: “Escribir una carta al Corazón de María”
- Si es posible, visita virtualmente el museo de Barbastro (imágenes de las celdas, objetos de los mártires).
- Escucha un canto mariano (ej.: “Acordaos” o “Salve Regina”).

b) Reflexión:

- ¿Qué “martirio cotidiano” vivo hoy? (Ej.: callar ante una injusticia, perdonar lo imperdonable).
- ¿Cómo puede el Corazón de María ser mi fuerza en esto?

c) Carta:

Escribe con estas claves:

- “Madre, hoy te ofrezco...” (tu lucha concreta).
- “Enséñame a vivirla como tus hijos de Barbastro: con valentía y ternura”.
- “Que mi grito sea, como el suyo, un ¡Viva tu Corazón Inmaculado!”.
- Firma la carta como “Tu hijo/hija del Inmaculado Corazón”.

d) Compromiso:

Elige una acción que refleje la “revolución de la ternura” :

- Visitar a alguien solitario.
- Defender a un excluido con palabras nobles.
- Callar una crítica y bendecir en su lugar.
- Al hacerlo, repite interiormente: “María, mi misión es tu corazón”.

e) Oración Final

*Madre del Corazón traspasado,
que acompañaste a tus hijos de Barbastro en la noche del dolor:
sus gritos de «¡Viva tu Corazón!» fueron el eco de tu “Fiat”.
Haz que nuestra misión no sea tarea, sino ternura encarnada;
que no busquemos conquistar, sino amar como tú amaste:
en el silencio que guarda esperanza,
en el servicio que no pide recompensa,
en la entrega que vence a la muerte.
Que, al invocar tu nombre,
recordemos que ser misioneros
es dejar que tu Corazón Inmaculado late en el nuestro.
Amén.*

Nota: Esta carta puede guardarse en un lugar especial o quemarse simbólicamente como ofrenda, diciendo: “Que mi vida, como la de los mártires, sea carta abierta de tu amor”.

Palabra clave: El Corazón de María no es un refugio, sino un latido que nos envía a la misión. Los mártires de Barbastro lo entendieron: por eso, su muerte fue su último y más fecundo acto misionero.